



**Enrique Cerdán Tato**

△▽

## **El tiempo fasto**

Me dicen Roberto y tengo treinta y dos años. No sé ni de dónde he salido, ni cómo se llamaban mis padres. Pero no soy un cualquiera. He vivido, he corrido por esos mundos de Dios, he bregado de firme y tengo las carnes llenas de mataduras. Tampoco sé ni para qué. Digo yo, si serán para que se note que nunca me he rebajado.

Ahora estoy en una pequeña capital de provincia. Algo fría, tal vez, pero tranquila, muy tranquila. No me puedo quejar. Sobre todo porque don Darío se me antoja un bendito, aunque algo lerdo, que todo hay que decirlo.

Don Darío Ridruejo es mi amo.

Tiene gracia. A don Darío le han colgado el sambenito de sabio. Total porque es catedrático. Claro que no me importa demasiado. Sé que a la gente le gusta incordiar. De cualquier modo, es natural que don Darío, como buen cristiano, tenga sus rarezas. Y cuando se pone a lo culto, dice que soy un... ¡qué sé yo! Pero, bueno, lo dice sin ánimo de molestar.

Creo que don Darío es un santo o algo por el estilo al lado de aquel mostrenco al que llamaban «El Cagarruta», trajinante de mala ralea, que fue mi amo durante algunos meses.

Doña Matilde, la mujer de don Darío, sí que me pone como loco. Doña Matilde es una bestia de tiros largos. Doña Matilde, hembra de muchas y reidoras carnes, no pierde

el turno para endilgarme sus buenos torniscones en el pescuezo. Doña Matilde, en fin, me llama zamarro porque no logro hacerme con el inglés, pero ¡qué idea...!

Para mí tengo que doña Matilde anda algo ida desde que la palmó el chico, que en Gloria esté. Sea lo que fuere, el caso es que don Darío y yo la odiamos con odio sanguinario. Aunque lo disimulamos, por si las moscas. Siempre que hay jollín, don Darío llega perdiendo el culo, me acaricia y se duele de su cobardía.

-28-

-¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!...

Don Darío, más sosegado, toma el periódico, enciende un habano y se deja caer en la butaca. Don Darío, que es hombre de hábitos, se despabila un sueñecito hasta que lo empoma doña Matilde y, de nuevo, le arma la de Dios. Lo pone de guarro y vilordo que da pena, ¡y todo por una miaja de ceniza! Pero la cosa no termina ahí, ¡ni hablar! Doña Matilde, con muchos humos, se vuelve, me casca un sopapo y me pregunta que qué miro. ¡Qué mujer, don Darío!... ¡Qué mujer!... Momentos hay que..., no sé, no sé.

Pero todo esto son menudencias, no más. Mi vida es una vida plácida y ordenada. Cada mañana, don Darío, a las nueve menos cuarto, sale para el instituto con su abrigo negro y su cartera negra y su paraguas. Entonces las mujeres hacen la limpieza. Doña Matilde sacude el polvo siempre con la pechuga muy inflada. La Petrita canta coplas y empina el trasero mientras friega los pisos. Al mediodía, me llevan a la cocina y me dan buñuelos de viento o sopas de leche. En un principio, no había quién me hiciera tragar aquellas porquerías, pero... ¡qué remedio!

Don Darío, me creo que ya lo dije, es hombre de costumbres. Desde que la palmó el chico, que en Gloria esté, no sale por las tardes. Las pasa en el saloncito, junto a la estufa, leyendo en los papeles. A don Darío se le alumbran los ojos con una candela que se me antoja algo astuta.

Yo y don Darío somos dichosos esas tardes, ¡lo juro! Son tardes largas melancólicas, casi pasmosas. Tardes en las que se diluye mi mudez. Tardes en las que se columpian las campanas de la colegiata y resbalan por los aires como vencejos. A menudo, doña Matilde nos revienta la quietud. Doña Matilde tiene la rara afición del clavicímbalo y cuando toca, no tolera ni un suspiro. Como me la conozco de sobra, simulo dormir y ¡allá se las apañen!

Los domingos sí que son para no mentarlos. Los domingos, doña Matilde recibe e invita al té. La cosa queda muy fina y doña Matilde se cuelga los pendientes y el broche de perlas. A la Petrita la viste como de feria: toda empingorotada y con un sombrero o algo parecido que le cae muy cursi.

A don Darío es mismamente como si lo despanzurrasen. De grima barruntarlo con sus botines y su cuello duro. Don Darío apenas habla. Se deja sobar, llevar, traer, preguntar, -29- etc. Cuando se largan las madamas, el pobre suelta el resuello y se repantiga en su butaca.

-¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!...

Las amigas de doña Matilde son de peso, de la buena sociedad, de esas que se las saben todas y hacen punto para los niños panzones y piojosos, y despotrican de todo y con todo se santiguan y dicen palabras santas y cuentan cuentas de rosario y hablillas de los arriscados coadjutores. Son señoras finolis y muy dadas al prójimo que sorben el té maravilladas del chispeo de las joyas.

Los amigos de don Darío ya son harina de otro costal. Se reúnen muy de tarde en tarde, y forman un grupo locuaz y muy culto. Allí está el pediatra don Juan Castroviejo que prodiga chistes subidos y gusta, según es notorio, de palparles el culo a las mozas. Allí también don Ángel Núñez, adjunto de Historia, liberal e inteligente pesquisidor.

-¡Defínase, don Juan!... ¡Defínase, y déjese de historias!

Y el registrador de la propiedad don Ricardo Cifuentes, que anda siempre medio enjumado y como ido.

-Aquí, lo que hace falta es más dignidad, ¿no es cierto, don Ángel?

Mi amo se despepita por meter baza.

-¿Y qué me dicen ustedes del Plan Badajoz, eh?... ¿Qué me dicen?

Don Ángel lo fulmina con su mirada. ¡Pobre don Darío! con ese cuento de ser sabio, lo han arreglado. Me da mucha lástima don Darío pero nada puedo hacer por él.

¡Qué cosa disparatada es la vida! Por eso me he negado siempre a hablar. No te aclaras tampoco, no te vale para nada. Además, no es cosa de un servidor. Yo soy como soy y no tengo por qué andarme con rodeos.

De todas formas, hay asuntos que me distraen. Por ejemplo, las cosas que se hacen la Petrita y el militar que viene cuando mis amos se marchan al teatro. ¡Menudos pellizcos se arrean! Sí, son cosas que me ponen cachondo. Aun que no sé por qué, la verdad. Ni jamás lo he sabido. Debe de ser algo casi mágico porque el mozo y la Petrita ponen unas caras y soplan de una manera muy curiosas. ¡Lástima que no venga con más frecuencia el quinto ese!

Mi vida es una vida plácida y ordenada. Pero también -30- una vida vacía. Y es que no tiene sentido eso de estar así, siempre lo mismo, siempre sin que nada acontezca. En ocasiones, cuando vislumbro tras los cristales el aire bullidor y azul, me entran ganas de romper a bocados la cadena. Sin embargo, la ventolera pasa pronto, a Dios gracias. Hace muchos años, cuando lo de «El Cagarruta» ya me las piré una vez. Total para nada, porque fui a dar en una corraliza negra y fangosa de donde no había quien saliera. Me mamé la noche entre tiritonas y bramidos porque las ratas no hacían más que porfiar. Luego, cuando volvieron a encadenarme, sentí un gran alivio, lo confieso. Y es que no sé cómo comportarme; estoy desentrenado para estas andanzas. No sé casi nada, ni siquiera si tengo linaje o soy un tipo extrañamente abortado. Pero conozco mis principios, los míos, y nunca hablaré. No me rebajo. Es mi evangelio. Quizá por eso tenga las carnes cubiertas de costurones.

El cadáver de doña Matilde huele con un olor agrio y fuerte, como si talmente hubiera reventado la muy puerca.

En los ojos de don Darío alumbra hoy la singular candela. Don Darío ha trabajado con su acostumbrada docilidad y de un solo tajo le ha rebanado el pescuezo a su mujer. Claro que antes don Darío había sacado filo a la navaja barbera, con mucha conciencia.

Doña Matilde ha lanzado un chillido de verraco, se ha columpiado en el aire hasta caer de costadillo y ha disparado grotescamente los ojos de sus órbitas. En la tajadura, borbotea aún su mala sangre.

Don Darío me mira con cierto empacho. Luego deja rodar los ojos hasta la tremenda cuchillada.

-¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!

Don Darío Ridruejo se ha retorcido brutalmente, como si tuviera retortijones de tripa, antes de cascar en sollozos.

Cada vez se me figuran más sorprendentes estos hombres... En fin, allá ellos. Para mí, no cuenta nada de lo sucedido. En el mejor de los casos es sólo un pasatiempo. La verdad; se me da una higa lo que hagan con la difunta y con el bendito de don Darío.

Mi vida es una vida plácida y ordenada. Una vida vacía también. Ahora sé que he de esperar mirando el aire bullidor y azul, hasta que llegue mi nuevo dueño.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

